



REVISIÓN DE CONSTITUCIONES

CAMINO DE REVITALIZACIÓN

7

COMUNIDAD ORANTE



Roma, 2019-2021

Constituciones y Oración

*Sólo el Señor puede dar sentido a nuestro obrar,
la oración debe ser la constante ocupación del corazón.*
(Const. 35)

En el **camino espiritual** de revitalización que estamos recorriendo, entramos hoy en la reflexión sobre la «Comunidad Orante» que, en las Constituciones, abarca los números 35 a 47. La relación privilegiada e íntima con el Señor, de la que la oración es manifestación y medio, es de suma importancia en nuestra vida consagrada.

La oración está en los inicios de la llamada y en el camino de respuesta. Sin el encuentro constante con el Maestro no podemos ser verdaderas discípulas del Cristo hospitalario. Necesitamos vivir con Él para ser capaces de perseverar en la vocación. Aprendemos de Él a servir a los hermanos enfermos y pobres.

Orientación metodológica para la I Semana:

1. *Presentar la ficha de modo global.*
2. *Proponer el trabajo para la I Semana, que es la iluminación.*
3. *Dedicar diariamente tiempo a la reflexión personal.*
4. *Fijar el día de reunión comunitaria para compartir lo reflexionado.*
4. *Sintetizar, en la reunión, los dos o tres aspectos que más nos mueven a la renovación.*

I Semana: Iluminación

➤ A la luz de la Palabra

Jesús ora constantemente como manifestación de su relación íntima con el Padre. Su oración manifiesta confianza, alabanza, agradecimiento; y tiene palabras llenas de ternura, cercanía y proximidad, silencios contemplativos y gritos de sufrimiento. Pero siempre termina con la aceptación cabal de su proyecto de salvación (Mt 26,42). Tiene también tiempos de soledad y de encuentro profundo con el Padre (Mt 4,1-11), en momentos decisivos de su vida y misión: cuando llama y envía (Lc 6,12-14, cuando cura y libera (Mt 17,21), cuando duda y llora (Mt 26,38-39), cuando alaba y celebra (Jn 17).

Jesús enseña a sus discípulos a orar (Lc 18,1; cf. 1Tes 5,17), porque sabe que la fidelidad en su seguimiento nace, se desarrolla y se sostiene sólo en la relación con el Dios que les llama y envía. Les dice: «*Vosotros orad así:*

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo. Nuestro pan cotidiano dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores; y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6,9-13).

En la oración del "Padre nuestro" percibimos que no se trata de conseguir que Dios se adhiera a nuestros proyectos y deseos, sino de ir configurando nuestra voluntad a la suya. El "Padre nuestro" es una verdadera escuela de oración cristiana.

En esta sencilla oración aprendemos la coherencia entre las palabras y los hechos. Si llamamos a Dios "padre nuestro", decimos que nos aceptamos como hermanas; si pedimos que "se haga su voluntad", es porque queremos entregarle la nuestra; si suplicamos que "venga a nosotras su reino", nos estamos comprometiendo a hacerlo presente con la práctica de la hospitalidad; si cada día le "pedimos los dones necesarios" para vivir y compartir, es porque confiamos en su providencia infinita; si le imploramos que nos "perdone las ofensas", es porque estamos decididas a perdonar a los demás; si le instamos que "no nos deje caer en la tentación", es porque queremos permanecer con Él hasta el final. La oración es la expresión de un encuentro íntimo que implica y compromete toda la vida.

Jesús es un divino samaritano orante. Ante el sufrimiento del más vulnerable le duele el corazón y ora para que la sanación sea completa. Delante de un hombre sordomudo (*Mc 7,32-37*), Jesús lo aparta de la multitud, mira al cielo, es decir, lo presenta a su Padre y, con la fuerza de la oración, pronuncia la palabra sanadora: ¡Ábrete! Era un hombre sordo respecto a Dios, incapaz de alabarlo; Jesús rompe su sordera espiritual y le suelta la lengua para la alabanza divina. Ahora escucha a Dios y se comunica con sus hermanos. La fuerza sanadora de Jesús brota de su relación afectiva con el Padre. Vinculadas a Jesús, también nosotras seremos instrumentos de sanación en el mundo del sufrimiento.

En la resurrección de Lázaro (*Jn 11,38-44*), Jesús manifiesta su plena humanidad, demostrando una profunda emoción ante el amigo muerto. El milagro de la resurrección no pretende presentar a Jesús como realizador de grandes prodigios que busca la admiración de todos; Él sencillamente quiere comunicar el don que ha recibido del Padre: el don supremo de la vida o la vida como don supremo. Se dirige a su Padre en una oración confiada que expresa, por un lado, unión y comunión con Él y, por otro, la adhesión a su voluntad. Este doble movimiento de súplica y acogida, sintetiza el camino de la oración cristiana.

Jesús muestra la oración como un himno de alabanza y acción de gracias al Padre, por la manifestación del misterio del Reino a los pobres y humildes, a gente sencilla como sus discípulos, que son capaces de abrir el corazón a la escucha de la Palabra (*Lc 10,21*). Los sabios y prudentes no lo entienden, pero Dios lo revela gratuitamente a los pequeños. La oración hospitalaria está llamada a empapar el mundo del sufrimiento, como la sabia que libera del dolor, fortalece la esperanza y genera una nueva vida.

Siendo la oración un "encuentro de amistad" (*Lc 10,38-42*), no es algo que se improvise (*Mt 6,6*); requiere tiempo, espacio y preparación para disponer el corazón y descubrir en él al Amigo que está allí antes que nosotras mismas, nos contempla y quiere infundir en nosotras sus mismos sentimientos. Esta relación humano-espiritual responde a la necesidad que experimentamos de plenitud de vida, de amor compartido, de felicidad eterna, y que expresamos alabando, bendiciendo, suplicando y celebrando.

➤ A la luz del patrimonio espiritual

Nos aproximamos al tema de la oración a través de las primeras Constituciones¹:

«"Bueno es juntar la oración con el ayuno": dijo el Ángel Rafael a Tobías. [...] Mortificación y oración, son dos medios muy principales que tenemos para nuestro aprovechamiento, los cuales conviene que anden juntos y acompañándose el uno al otro, pues la una sin la otra poco o nada aprovecha; siendo así que la mortificación es disposición necesaria para la oración y la oración es el medio para alcanzar la perfecta mortificación.

Para que el Señor entre en nuestros corazones, comunicándose en la oración, quiere haya quietud y reposo, paz y sosiego en el alma, lo cual solo se consigue por el medio de la mortificación de nuestros sentidos y apetitos, de nuestros deseos e inclinaciones y sobre todo por la especial mortificación de nuestro amor propio; sin la mortificación, la oración que de suyo es tan suave y gustosa, se hace pesada y dificultosa en extremo».

Si creemos que Dios está vivo y es real, si ha resucitado y camina a nuestro lado, si Él quiere relacionarse conmigo, con nosotras ¿cómo no dedicarle tiempo, espacio, estar contentas de compartir con Él?. ¿Cómo no estar deseando escucharle, mirarle y decirle nuestro amor, preocupaciones y problemas? Por otra parte, si las personas, las comunidades y los ámbitos de vida hospitalaria nos tenemos que convertir en huellas de la presencia del Dios de la misericordia en la historia y en el mundo, si tenemos que vivir con Él y como Él, necesitamos relacionarnos y comunicarnos con Él. No por una indicación ascética o norma de la vida religiosa, sino por atracción y deseo de contemplar su rostro, escuchar su Palabra y cumplir gozosamente su voluntad.

«[...] Asimismo para que seamos mortificados, es preciso que alcancemos armas de la oración. Dice San Agustín: «Aquel sabe vivir bien (por) que sabe orar bien», porque la oración es un medio muy principal para concertar y ordenar nuestra vida, y para vencer y allanar todas las dificultades que se nos ofrecieren en el camino de la virtud. La oración es, como se ha dicho, una comunicación y conversación continua con Dios y con esto se viene a hacer el corazón del hombre sumamente generoso y decidido despreciador de las cosas del mundo; y levantándose sobre todas ellas, se une y se transforma en cierta manera con su Dios, y llega a hacerse espiritual y santo».

El Padre Menni nos exhorta a una vida en Dios y a una comunicación y conversación continua y amorosa con Él, por la que Él «hablará con misericordia a vuestros corazones»². En esta relación es el Señor quien lleva la iniciativa, nosotras sólo nos abrimos, aceptamos su invitación, nos dejamos mirar, curar e iluminar por Él, para descubrir cada día que Él es el «fundamento de toda nuestra esperanza y alegría»³.

En las Constituciones, nos habla de "mortificación" y oración: la oración nos lleva a dejar la iniciativa en manos de Dios; la mortificación es acallar y situar el ego para abrimos al Otro, a los otros, para que el Señor sea el conductor y centro de nuestra vida. Es un camino que dura toda la vida y que es obra del Espíritu Santo y de la disposición humilde del orante.

¹ Benito Menni, *Constituciones 1882*, n. 75.

² Carta 346.

³ Carta 232.

«Por lo que la oración debe ser la constante ocupación del corazón de la Hija de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús; lo que practicará por medio de frecuentes jaculatorias, aún en medio de sus ocupaciones y procurando estar siempre con el mayor recogimiento en las horas que, sea por regla, sea por tener lugar a ello, se dedique a este santo ejercicio. Es decir, vivir siempre en la presencia de su Dios. Asegurará el fruto de la oración con la mortificación, haciendo todos los ejercicios de la vida de esta Asociación piadosa con espíritu de mortificación verdadera y constante...»⁴.

En esta relación con el Señor, siempre estamos acompañadas por los hermanos: oramos con los que sufren, por ellos y en su nombre, y pedimos que ellos oren por nosotras, como nos enseñó nuestro Padre Fundador. Nuestra oración es profundamente apostólica, es un momento privilegiado para dar gracias, pedir perdón, presentar a los que sufren. Somos invitadas a vivir en continua relación de amor con Jesús misericordioso en todas las dimensiones y en todos los momentos de nuestra vida, a actuar con Él y como Él, a ser iconos de su presencia samaritana. La oración hospitalaria es contemplativa, nos lleva a descubrir la presencia del Señor en toda la realidad y, especialmente en las personas a quienes servimos.

También María Angustias nos ayuda a profundizar el tema de la oración en la unidad de contemplación y acción⁵:

«Esta nuestra divina Señora se propuso darnos a conocer lo esencial que es en una comunidad, basada bajo sólidos principios, que anden hermanadas la oración y la actividad. Para cuyo objeto nos propuso dos excelentes modelos en las hermanas [...]: María Magdalena por su constante oración, que se extasiaba a los pies de su divino Maestro, y su hermana Marta, que solícita se afanaba por servir a su Jesús. Ha sido tan tierno el amor de nuestra Madre [...], que esta Señora ha querido ser la primera en practicar tan relevantes actos».

El objetivo que propone "Nuestra Madre" para la Congregación es una espiritualidad apostólica que integra una vida de caridad y servicio y una actitud de fe contemplativa, haciendo presente al Señor y descubriéndolo en sus vivas imágenes. No son dos momentos ni dos espacios, no se trata de algo secuencial o de prioridades; se trata de unidad e integración de vida, como hizo la Virgen que ora en soledad, pero que también contempla y adora a su Hijo, en las mismas actividades que realiza, para que Él crezca en edad, sabiduría y gracia.

Marta y María acogen a Jesús en su casa de Betania, espacio de hospitalidad y amor; a su vez, Él comparte con ellas; la hospitalidad mutua, la escucha y el servicio expresan acogida.

«[...] Se propuso mostrarnos cómo su voluntad era que fuésemos amantes de la vida contemplativa unida a la activa. Es decir, que deberían ser éstas dos prácticas como la regla primaria de esta nueva institución. [...] poder imitar con más perfección a la enamorada María Magdalena, que arrobada en éxtasis a los pies de su Maestro, se transportaba a los cielos. [...] Pues si nosotras procuramos unir la oración a la actividad haremos como las dos hermanas de que nos habla el evangelio, que la una ayudaba a la otra. [...] tuvo que reprender para que se moderase, diciéndole: Marta, Marta, muy solícita andas, siendo una sola cosa la necesaria».

⁴ Benito Menni, *Constituciones 1882*, n. 75.

⁵ RMA pp. 140-141.

María Angustias no cae en el dualismo de discutir si es más la contemplación o la acción apostólica: pondera, por una parte, la actitud enamorada de María a los pies de Jesús y, por otra, la entrega, el servicio y la dedicación de la hacendosa Marta.

Estas dos dimensiones son esenciales en nuestra identidad: María Angustias añade «*que la una ayudaba a la otra*», es decir, la actitud contemplativa, la mirada creyente, la presencia del Señor, ayuda para vivir el servicio, las tareas, el trabajo y la dedicación de cada día; a su vez, el ejercicio y el desarrollo de la vida es el campo en el que Dios nos habla, nosotros hablamos a Dios y hablamos de Dios al mundo. La contemplación está llamada a traspasar la acción, y la acción expresa y encarna históricamente el misterio contemplado.

Se dan tres formas prácticas de vivir la relación entre lo que representan estas dos hermanas de Betania: 1) independencia entre las dos visiones, dando cada cual mayor importancia a su experiencia, sea la espiritual o la apostólica; 2) relación de dependencia entre las dos lecturas de la vida, dando la primacía a la contemplación como más agradable a Dios; 3) dos visiones complementarias y que se valoran mutuamente, porque ambas están centradas en el Maestro y no en las tareas.

Esta última forma que unifica y centra la vida en Jesús es la que ilumina la espiritualidad de la Congregación y se convierte en propuesta para nosotras.

➤ **A la luz del magisterio eclesial**

La vida de oración tiene como fundamento la fe que es la adhesión de la mente y del corazón a la Persona de Jesucristo. La oración no se reduce a la repetición de plegarias, sino que es una entrega confiada que ha de conducir a una "*existencia transfigurada*"⁶. La relación íntima con Dios se orienta a reproducir la experiencia de los apóstoles: «*Bueno es estarnos aquí*» (Mt 17,4), vivir en el corazón de Dios y, desde ese divino santuario, ser rostros de santidad e instrumentos de evangelización en la Iglesia y para el mundo⁷.

«Para vivir la relación con Dios, en el Espíritu, [...] son necesarios espacios y tiempos adecuados, como lugares en los que habitar sin prisa y sin afán. La vida interior exige la ascesis del tiempo y del cuerpo, requiere habitar en el silencio; invoca la soledad como elemento esencial, momento de purificación e integridad personal; convoca a la oración escondida, para encontrar al Señor que habita en lo secreto y hacer del propio corazón la celda interior (cf Mt 6,6), lugar personalísimo e inviolable donde adorar (cf 1Pe 3, 15)»⁸.

La oración personal nos proyecta hacia la oración comunitaria; estamos llamadas a valorar y vivir con gozo la fe en el mismo Señor. La advertencia de Jesús «*velad y orad*» (Lc 21,36) nos provoca a cuidar la calidad de nuestra vida orante, entendida como un tiempo para estar juntas con el Señor dejando que Él nos constituya en verdadera comunidad de discípulas:

«La oración en común alcanza toda su eficacia cuando está íntimamente unida a la oración personal. En efecto, oración común y oración personal están en estrecha relación y son complementarias entre sí [...]. La persona consagrada que vive en comunidad

⁶ Cf. Juan Pablo II, Exhortación *Vita Consecrata*, Roma, 1996, n. 35

⁷ Cf. *Idem*, 29.

⁸ CIVCSVA, *Contemplad*, Roma, 2015, n. 38.

alimenta su consagración ya con el constante coloquio personal con Dios, ya con la alabanza y la intercesión comunitaria»⁹.

Nuestra oración se integra en la oración de la Iglesia a través de la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía y la Liturgia, que nos reúnen como cristianos y familia de Dios. Se pone en evidencia la liturgia Eucarística, como sacramento por excelencia, que nos introduce en el misterio del Dios amor.

«La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza [...] todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor [...]. Conserve en su vida lo que recibieron en la fe [...] Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin»¹⁰.

Los tiempos de oración personal son absolutamente necesarios: alientan, unifican la vida y posibilitan la fidelidad; pero, es necesaria la conciencia de que, en la misión vamos a encontrarnos con el mismo Señor que nos abraza en el silencio de la contemplación:

«No se olvide nunca de que ver a Dios significa bajar del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo (cf Ex 34,33). [...] Esto comporta en concreto una gran fidelidad a la oración litúrgica y personal, a los tiempos dedicados a la oración mental y a la contemplación, a la adoración eucarística, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales»¹¹.

Somos una Congregación de espiritualidad apostólica, nacimos para la hospitalidad. San Pablo VI subraya la importancia de llevar a la misión la fecundidad de la oración:

«Cuando vuestra vocación os destina a otras funciones al servicio de los hombres, vida pastoral, misionera, enseñanza, obras de caridad, etc. ¿no será ante todo la intensidad de vuestra adhesión al Señor lo que las hará fecundas? Justamente según la medida de esta unión "en el secreto" [...], los miembros de todo Instituto, buscando a Dios ante todo, ¿no deben unir la contemplación, mediante la cual se adhieren a Él con el corazón y el espíritu, y el amor apostólico que se esfuerza por asociarse a la obra de la Redención y por extender el Reino de Dios?»¹².

El Papa Francisco nos recuerda el valor de las devociones populares y de grupos específicos:

«En la piedad popular puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo [...]. La piedad popular "refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer" y que hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe»¹³.

Si en la oración litúrgica, es Cristo quien ora por nosotras y en nombre nuestro, en la oración devocional es nuestra voz la que se eleva desde el corazón hacia Dios. Las devociones, aun brotando de la fuente del carisma, no superan el valor y significado orante de los sacramentos

⁹ CIVCSVA, *Vida Fraternal en Comunidad*, Roma, 1984, n. 15.

¹⁰ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, Roma, 1963, n. 10.

¹¹ VC, n. 38.

¹² Pablo VI, Exhortación apostólica, *Evangelica Testificatio*, Roma, 1967, n. 10.

¹³ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, Roma, 2013, n. 123.

y la liturgia, son complementarias. Los misterios de Cristo que contemplamos a la luz de nuestro carisma tienen su expresión celebrativa en la comunidad.

Veneramos de forma especial a María, Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, a nuestro santo Fundador y a aquellos que él nos ha dado como protectores. La contemplación de sus vidas ejemplares nos ilumina y desafía en nuestro camino de mujeres consagradas hospitalarias.

➤ **Oración comunitaria**

*Para escuchar a Dios y presentarle nuestras intuiciones, deseos y preocupaciones, se propone un tiempo comunitario de oración, que cada comunidad organizará según su situación, pero sería interesante aprovechar esta semana de **Iluminación** para fortalecer el clima de discernimiento y alabanza. Se puede aprovechar un tiempo de celebración ya establecido y darle la motivación espiritual que conviene.*

II Semana: Revisión

Orientación metodológica:

1. Presentar el objetivo de la II semana.
2. Motivar la reflexión y la evaluación de la vida personal y comunitaria.
3. Preparar el compartir en comunidad.
4. Fijar el día para la reunión comunitaria.

➤ **Revisión de la vida personal y comunitaria**

A la luz de la reflexión realizada, dedicamos tiempo a la contemplación de la misericordia de Dios, y hacemos la revisión de nuestra vida personal y comunitaria. Nos pueden ayudar estas preguntas:

1. ¿Qué ideas, aspectos, luces, deseos han llenado mi corazón en la reflexión realizada en la semana pasada?
2. ¿Cómo se manifiesta que el encuentro personal con el Señor me va configurando con su modo de pensar, amar, desear y actuar con Él y como Él, en las relaciones fraternas y en la misión apostólica?
3. ¿Cómo llegar a una vida unificada que contemple al Señor, tanto en la intimidad de la oración, como en el rostro de los enfermos y necesitados?
4. ¿Qué aportaciones nos podrán dar más vida y enriquecer el tema de la vida orante en Constituciones?

Compartir en comunidad: Se realiza una reunión comunitaria para compartir dos o tres aspectos que nos ayuden a seguir adelante en este camino de revitalización.

➤ Salmo de intimidad

Oh, Dios, Tú eres mi Dios (Sal 63)

Oh, Dios, tú eres mi Dios,
desde el alba te busco;
estoy sedienta de ti,
como tierra reseca, agostada sin agua.

Quisiera contemplarte en tu santuario,
ver tu poder y tu gloria.
Tu amor vale más que la vida,
te alabarán mis labios;

Te bendeciré mientras viva,
te invocaré alzando mis manos hacia ti.
Me saciaré como en succulento banquete,
y mi boca te alabará con júbilo.

En mi lecho me acuerdo de ti,
en ti medito en mis vigias, porque tú has sido mi ayuda,
y a la sombra de tus alas grito de júbilo:
estoy unida a ti y tu diestra me sostiene

Padre Nuestro Hospitalario

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre:

Por las personas consagradas en la vida religiosa.

Por los que han entregado su vida para servir.

Por las religiosas, los religiosos y sacerdotes.

Por todos los misioneros.

*Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.*

Venga a nosotras tu reino:

A través del voto de castidad que profesamos.

A través del voto de pobreza.

A través del voto de obediencia.

A través del ejercicio de la misión hospitalaria.

Venga a nosotras tu reino.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo:

En nuestra vida de comunidad.

En nuestra vida de oración.

En nuestra vida de apostolado.
Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos, hoy, nuestro pan de cada día:

Y a los hombres y mujeres que se consagran a enseñar a los pobres.
Y a los hombres y mujeres que se consagran a servir a los enfermos.
Y a los hombres y mujeres que se consagran a repartir esperanza entre los marginados.
Danos cada día el pan de tu amor y generosidad para poder servir hasta dar la vida.

Perdona nuestra ofensas:

Como han perdonado tantos religiosos perseguidos.
Como han perdonado tantos misioneros martirizados.
Como han perdonado tantas religiosas ultrajadas.
Perdona nuestras ofensas y enséñanos a perdonar las infidelidades de todos los consagrados a ti.

No nos dejes caer en la tentación:

De abandonarte como el centro de nuestra vida.
De vivir la vocación sin agradecimiento y alegría.
De no escuchar tu llamada en los pobres.
De no cuidar la tierra y no compartir sus frutos.
No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

III Semana: Aportaciones

Orientación metodológica:

1. Presentar el trabajo de la III Semana.
2. Motivar la responsabilidad en la revisión del texto de Constituciones.
3. Compartir y recoger aquellos aspectos de cambio movilizados para nuestro carisma hoy.
4. Registrar las aportaciones de cambio a cada número en la rejilla.
5. Enviar la síntesis a la Provincia, la semana siguiente.

La Oración en Constituciones

Números de Constituciones	Aportaciones
Fundamento 35 Jesús, que vivió en permanente comunión de amor con el Padre, se retiraba a la montaña y pasaba la noche en oración. Nosotras, hemos recibido su mismo espíritu, que clama Abbá! ¡Padre!. Siguiendo su ejemplo y el mandato de	

<p>orar insistentemente, cultivamos el espíritu de oración y la oración misma.</p> <p>Convencidas de que sólo el Señor puede dar sentido a nuestro obrar, la oración debe ser la constante ocupación del corazón, caminando siempre en la presencia de Dios y haciendo todas las cosas por su amor.</p>	
<p>Reconciliación</p> <p>38 Conscientes de nuestra fragilidad, acudimos al sacramento de la reconciliación, en el que Cristo nos sale al encuentro como Salvador, os da su Espíritu y nos reconcilia con el Padre y los hermanos. Agradecemos este don y recibimos el sacramento personalmente con la frecuencia y disposiciones indicadas por la Iglesia. Para subrayar la dimensión eclesial y fraternal del pecado y de la conversión, celebramos comunitariamente la penitencia.</p>	
<p>Año litúrgico</p> <p>39 Nuestra vida espiritual, personal y comunitaria se expresa y actualiza en la vivencia del misterio de Cristo a lo largo del año litúrgico. Al celebrarlo así con toda la Iglesia, nos configuramos progresivamente con El. Veneramos con amor especial a la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo. Recordamos también a los mártires y demás santos, intercesores y modelos nuestros. Celebramos el día del Señor, día de la alegría y fraternidad, en ambiente festivo, con el gozo y gratitud de los que se sienten salvados.</p>	
<p>Liturgia de las horas</p> <p>40 Mediante la liturgia de las horas, Laudes y Vísperas, que celebramos cada día en comunidad, santificamos nuestra jornada, nos unimos a la alabanza que Cristo y la Iglesia, en la unidad del Espíritu Santo, elevan al Padre, e intercedemos por todos los hombres. Oramos de modo especial en nombre de los enfermos, a quienes servimos, y pedimos por ellos.</p>	
<p>Oración personal</p> <p>41 La oración es un tiempo privilegiado de encuentro con Dios, que debemos preparar en clima de recogimiento y silencio para llegar a la unión y comunicación con El. Dedicamos cada día hora y media a la oración personal y liturgia de las horas. La conciencia de fraternidad crece en cada una a medida que experimentamos la común paternidad de Dios.</p> <p>En los tiempos de oración comunitaria podemos compartir esa experiencia que de El vamos teniendo.</p>	

<p>Tiempos fuertes</p> <p>44 Para crecer en fidelidad a la llamada del Señor tenemos tiempos fuertes de encuentro con El en el día de retiro mensual y en los ejercicios espirituales anuales En ellos intensificamos nuestra oración y revitalizamos nuestra entrega. Durante los mismos revisamos nuestra vida, dejándonos interpelar por la Palabra de Dios y guiar por la luz del Espíritu.</p>	
<p>Examen y lectura espiritual</p> <p>45 Dedicamos diariamente un tiempo al examen de conciencia y a la lectura espiritual, como medio, este último, de formación religiosa y de conocimiento de Dios. Damos preferencia a la Sagrada Escritura, doctrina de la Iglesia y lecturas que nos ayudan a vivir nuestra consagración y carisma hospitalario.</p>	
<p>María</p> <p>46 María, que acogió la palabra de Dios meditándola en su corazón, y que fue bienaventurada por haber creído, es modelo en nuestra vida de fe e intimidad con Dios. Ella, como en la Iglesia naciente, está presente en nuestra comunidad orante e intercede por nosotras. Nos enseña, además, que el mejor culto a Dios es la ofrenda de la propia vida. La tenemos presente siempre, la invocamos, imitamos sus virtudes, y la honramos bajo la advocación de «Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús». Siguiendo la tradición del Instituto, le expresamos nuestro amor filial con el rezo del rosario y otras prácticas marianas</p>	
<p>Santos protectores</p> <p>47 Cada día invocamos a nuestros santos protectores: san José, Arcángel san Rafael, san Juan de Dios, san Agustín, san Camilo de Lelis, santa Teresa de Jesús y santa Isabel de Hungría.</p>	

IV Semana: Celebración

Metodología:

1. Es muy importante celebrar los pasos del camino.
2. Se organiza una celebración con un tiempo orante y otro festivo.
3. Se concluye entregando la ficha n. 8.